

un falderillo que fuera también león:

Y el perrillo que nos seguía
¿no sería acaso un león?

Y tiemblan a flor de pupilas las figuras amables de Sol y de Elvira, y en el Robledo de Corpes, a pesar de las heridas, sus cuerpos desnudos manchan el musgo tierno como dos rosas aventadas. Nada nos dice el poeta—siempre seco y enjuto—de sus ojos que debieron ser negros; ni de sus cabelleras, ni de la quebrada color de la piel, pero las sabemos discretas y magnánimas y la sangre heroica de Mío Cid enciende las venas de doña Elvira al dirigirse al infante su señor.

Varón fuerte, Mío Cid, es temeroso de Dios. Su rostro oscurecido de continuo se ilumina en luces celestiales al enviar el morisco botín que ha de servir para el divino empleo, y en su boca amarga por la desventura y el duro guerrear, el nombre de Dios deshace tibias mieles. En él ya alentaba el espíritu de aquellos frailes aventureros y locos que besando la cruz de

sus puñales partieron hacia el lejano Oriente en sus palafrenes sudorosos. Y en él alentaba ya el alma florida de nuestro Alonso Quijano que pocos siglos más tarde vino a guerrear en contra de los malos moros de la literatura, sí que ya un poco más triste, más seco de carnes y de nuca más estrecha. Pero idénticos son el exaltado fervor de justicia, el idealismo vertical y la fe rectilínea como también el decoroso amor de ambos que ha confundido en una suave visión de encantamiento a Dulcinea y a Ximena.

Nadie que haya acompañado a Roy Díaz en su heroico peregrinaje desde la corte de Castilla hasta las puertas de Valencia habrá de olvidar su severo rostro patriarcal, sus ademanes reposados y precisos, su gran barba florida ni sus palabras de Iclesiastés y de plegaria.

Lejos en un camino de peregrinación, van hacia su Compostela Mío Cid, el Campeador, San Ignacio de Loyola y don Alonso Quijano.

(University of Minnesota. Octubre, 1921).

nuestra cultura, es decir, al problema de la selección y adquisición de las mejores ideas que nos sirven para el desenvolvimiento de nuestra personalidad, y siempre seguiremos creyendo que el problema fundamental del hombre y el problema fundamental de la sociedad no es más que uno, el de su cultura. Se sufre mucho en la sociedad por la dosis de injusticia que se puso al constituirse; se llena el hombre de rebelión o de desesperanza ante las iniquidades de su vida; se vive de una protesta en la mañana, ya un al acostarse, en vez de una plegaria el hombre hace sacar de su corazón una queja. Pero se puede terminar con esto, yo sí creo que se puede terminar con ello sin la intervención de políticos o de guerreros, sino por el empeño que tenga todo hombre de sentirse menos esclavo de su dolor y más digno de la libertad que es el principio de la vida. La cultura no es otra cosa que adquisición de mayor libertad y toda la lucha de este mundo es una lucha por la adquisición de la libertad. Yo temo que se siga creyendo que la libertad es una manera antojadiza de seguir viviendo el hombre entre sus semejantes. La libertad es aquella condición superior del ser humano por virtud de la cual él puede llegar a tener el sentimiento de que es un ser humano y digno de hacer las mejores cosas humanas. Las escuelas seguirán siendo los almacigos de la libertad; las escuelas seguirán siendo fundamentos de la sociedad; las escuelas seguirán siendo también la razón de ser de una república, de nuestra república. Y por eso hay un interés sagrado en sostenerlas, en defenderlas, en vivificarlas, y cada vez que se habla de clausurar escuelas, que haya un grito en la conciencia esclarecida de todo hombre, que haya un grito de protesta y de anatema contra ese pensamiento oscuro.

He dicho que ustedes hacen bien a sus profesores. Bien vale la pena de enaltecer en alguna forma justa a aquellos que se ponen al servicio de sus semejantes en el supremo interés de su alma. Ellos son los que trabajan sostenidos por la esperanza de darle a su país una más noble conciencia en sus hombres. Figuraos que hubierais sido desdeñosos en acudir a sus reclamos. Figuraos que a Miguel Angel le hubiera faltado mármol para hacer sus estatuas o a Beethoven el músico le hubiera faltado una lira para expresar sus cantos. Donde quiera que se hace una obra de justicia hay que poner un poco de curiosidad; en donde quiera que se escuche una voz civilizadora hay un llamado secreto y divino para el hombre y aquellos que trabajan por la salud de la tierra que no tengan que sacudir el polvo de sus sandalias en el hogar de nuestros hogares.

Escuela Nocturna de Adultos de San José

Al cerrar el año lectivo de 1921

Señores y amigos:

DEBE ser para ustedes un motivo de satisfacción muy sincera el haber sostenido las actividades de esta Escuela hasta este momento. No hay duda que con ello se han hecho un bien particular, que le han hecho un bien a sus profesores y que le han hecho un bien a su país. Y a decir verdad, de todo cuanto hayan logrado realizar durante este año, los minutos que hayan pasado en este lugar conservarán un eco más o menos perdurable en el espíritu de cada uno de ustedes. Es de creer que han hecho muchas cosas buenas, pero ésta, entre otras, es excelente.

Quiero decir que es excelente para cada uno de ustedes, porque ahora estoy seguro de que con las ideas que aquí recogieron se sienten más contentos de vivir, más dueños de su razón, más dispuestos a hacer mejor sus oficios y más alentados a seguir avanzando heroicamente en sus destinos. Los dioses nos acusan de que somos hijos del dolor y que en la tierra se nos ha puesto tan sólo para sufrir. ¿Qué importa? También se nos ha dado la aptitud de ponernos por encima de ese dolor y aun de hacerlo valientemente. Lo que nos corresponde es buscar en alguna parte el secreto por virtud del cual nos sea dable independizarnos de nuestros crueles hados, o mejor aun, el secreto por virtud del

cual nos hagamos dignos de una existencia victoriosa. También nos dicen que somos un dios caído de una estrella. Pero es lo cierto que aquí en la tierra los hombres nos hemos propuesto olvidarnos de nuestros orígenes estelares para degradarnos hasta las peores situaciones. Y sin embargo, ese secreto de que os hablo está en el ambiente que nos rodea y es una parte de la sustancia de que está compuesto este mundo. Son las ideas, el inmenso firmamento de ideas con cuya luz podemos iluminar las profundidades de nuestra conciencia. Son las ideas que han sido siempre la fuerza de la vida y por cuyo impulso el hombre se mueve hacia su perfeccionamiento y la sociedad hace su progreso. Y no se trata, por cierto, de una mercadería de un alto valor, ni está sujeta a los caprichos del cambio. Las ideas pueden constituir nuestra riqueza sin que al adquirirla hayamos tenido ni que humillarnos ni que sufrir.

Siempre volvemos al problema de

ROGAMOS

a los suscritores de provincias que nos indiquen el cambio de residencia en estos meses de verano. Con ello nos ahorran muchos números que, extraviados, suelen perderse. Tiempo y dinero y reclamos futuros nos ahorran con la atención que les pedimos.